

Martínez marcó aquel funesto lugar con una cruz formada de ramas.

—¡Memonio! dijo saltando sobre su caballo, es la primera vez que les toca levantar el campo á los vencidos!

¡Cuántos sacrificios olvidados! ¡cuantos hechos heroicos, cuantos hombres hundidos en el polvo de la tumba en aras de la República!

CAPITULO DUODECIMO.

AMORES IMPERIALES.

I

La corte de S. M. el emperador Maximiliano andaba un tanto revuelta con las noticias del extranjero, pues los enviados europeos desconfiaban del aseguramiento del trono, por la actitud hostil que presentaban los Estados Unidos.

Se decía por entonces que el gobierno americano habia enviado unas notas no muy diplomáticas á las Tullerías, y que el emperador francés comentaba aquella correspondencia con más interés que la "Vida del César."

Mientras Jefferson Davis estuviese en su "Casa Blanca" y Edmundo Lec, tuviese á su disposición un ejército disciplinado y valiente, no había cuidado de que el imperio mexicano viniese á tierra al poderoso aliento de la doctrina Monroe.

¡Algo inquietaba á los imperialistas que á un simple llamado de la unión, acudiesen "ochocientos mil" hombres á empuñar las armas haciendo un total de "millón y medio" de soldados!

La estrella de la confederación había entrado en la penumbra y ya iniciado su eclipse, nada le apartaría de la sombra.

Era necesario acabar con los últimos restos de la república, para que al menos pasase el imperio como un hecho consumado.

Este sofisma provocaría la hilaridad en la patria de Washington.



II.

El mariscal Bazaine daba partes pomposos y la prensa proclamaba que el pabellón nacional estaba solamente en la mano de Juárez si contar con otro defensor.

México daba el espectáculo grotesco de un renacimiento monárquico sin nobleza ni monarquistas.

La decoración había cambiado, la reacción se ceñía la corona, ya estaba cansada de tener acicalado el bonete de la teocracia.

La sociedad conservadora jugaba á la monarquía.

Se nombraron chambelanes, caballeros, damas, cancilleres, maestros de ceremonias, guardia palatina, y toda la comarsa y segundones que se necesitan para el aparato monárquico.

Resucitóse la Orden de Guadalupe, se estableció la del Aguila Mexicana y la de San Carlos, expidiéndose despachos por millares, es decir, señalando las piedras del nuevo edificio como un maestro de obras, numera su cantera, chiluca ó sillera.

La sociedad de esos días era profana en materias cortesanas, lo que hacía reír á solas á los austriacos, que se les notaba lo contrariados que se hallaban en su nueva corte.

Los recursos estaban en menguante.

El segundo empréstito no pudo cotizarse, así es que Napoleón tuvo que seguir pagando su ejército á pesar de los convenios.

Los franceses, como en todas partes, ya se habían concitado la enemistad cordinal de todas las poblaciones.

El número de los fusilados ascendía á una cifra fabulosa.

Aun no se oreaba la sangre de la víspera, cuando una nueva lluvia refrescaba las gradas del cadalso.

¡Qué importaba! ya teníamos, *jardín de fieras*, alcázar de Chapultepec y *rampa* magnífica para ascender al nuevo Miramar de los augustos y nobles soberanos, y tertulias imperiales!

Todos estos elementos hacen la felicidad de cualquiera nación, á no ser que el pueblo se empeñe en ser desgraciado.

La revolución intestina comenzaba á roer las entrañas al imperio.

El clero estaba divorciado, porque creyó encontrar en Maximiliano un Felipe II y monseñor Labastida se creía un Torquemada, y los frailes soñaban en los católicos días del Santo

Oficio y las fiestas cristianísimas en que los herejes eran conducidos con sambenito y vela verde á las hogueras de San Diego, donde hoy se levantan los frondosos árboles de la Alameda. ¡Cuánta ilusión burlada!

La sanción de las leyes de reforma que dejaban al clero reducido á la nulidad y atacaban los principios del cristianismo moderno, fueron la transacción con la república.

Este fué un manejo de Napoleón III.

El gobierno de Maximiliano pagaba su tributo al siglo XIX.

III.

El impulso del ejército francés era decisivo, y la república estaba, como ya hemos dicho, en su *hora negra*.

Ya hemos visto los esfuerzos heroicos de los guerrilleros.

Lo que pasaba en Michoacán era un reflejo de los acontecimientos en toda la nación.

Cada rumbo tenía sus hombres y en cada Departamento pasaban hechos como los de Nicolás Romero, sin más éxito que el de mantener viva la revolución mientras variaba de rumbo la aguja del destino.

El nuevo Emperador después de su viaje á las minas de Guanajuato, se fastidiaba imperialmente con negocios de poca importancia; los cuales no variarían el estado fatal en que comenzaba á ponerse la cuestión monárquica.

Todo el mundo se equivocaba con las apariencias de una paz de sepultura; pero Maximiliano, que veía las cosas tales como eran, no creía en nada; sin embargo, luchaba desesperadamente en el mar embravecido de una próxima adversidad.

La joven archiduquesa no olvidaba las delicias de Europa, le parecía que estaba en un convento, pero su ambición satisfecha la mantenía resuelta sobre el trono.

Maximiliano pasó á Cuernavaca á tomar unos baños bajo la zona caliente, haciendo construir una habitación magnífica como residencia imperial.

IV.

La ciudad de Cuernavaca no es de lo más hermoso en cuanto á las obras del hombre; pero la mano de Dios ha bendecido aquellos campos, las flores, y los manantiales, los perfu-

mes, las escencias, las auras y todo ese conjunto que anuncia una naturaleza virgen y exuberante, se encuentra allí formando un nido de amores, donde descansa la ciudad como una paloma blanca aletargada con los aromas de los cafetales y la esencia de los naranjos.

Cuernavaca es la boca de la "Tierra Caliente," desde allí comienza un descenso rápido que en un radio de menos de cien leguas y al través de caudalosos ríos, como el Mescala y Papagayo; de barrancas profundísimas, como las de San Gaspar y el Zopilote; de precipicios sin fondo; de montañas no bautizadas aún; tiene, por último término, los espejos del Pacífico que se rizan para acariciar las abrasantes arenas de sus desiertas playas.

Sobre aquella ciudad pesa una atmósfera que hace languidecer y cerrar los párpados en un sueño de amores y de felicidad.

Allí el corazón se rejuvenece y una corriente de simpatía atraviesa por él, despertándole á las impresiones blandas y halagadoras de una voluptuosidad purísima, en que el espíritu bate sus alas al mundo irrealizable de las ilusiones y de las esperanzas.

V.

Era una de aquellas noches brillantadas en que la luna recibe de lleno la luz esplendente del sol del trópico, para devolver á la tierra sus reflejos mates y bañarla con la luz fosfórica que poetiza cuanto toca.

Había caído una lijera lluvia y las flores alzaban sus frentes después del fuego abrazador del día, para enviar sus perfumes al cielo en las auras embalsamadas de la noche.

El aleteo de los insectos formaba un leve rumor que se confundía con los suspiros del ambiente entre las hojas húmedas de los árboles.

Todos aquellos ecos misteriosos formaban el silencio halagador de esas tranquilas horas de bienaventuranza.

Las exhalaciones atravesaban pálidas ante el fulgor de la luna y un infinito número de estrellas salpicaban el azul obscuro de la bóveda celeste.

Aquel cuadro de felicidad era completo, nada dejaba que desear, los mismos ángeles hubieran cruzado aquel horizonte y aspirado la esencia de aquella atmósfera; luz, aromas, flores, estrellas, amores, armonía, ¡todo un paraíso de felicidad!.....

VI.

En un solitario jardín de una de aquellas casitas pintorescas, y por las calles de azahares y violetas, se paseaba una joven, apenas estrujando con su breve planta las rosas que la servían de alfombra.

Llevaba un peinador blanco, ceñido al talle por un cinturón de seda verde; las mangas perdidas dejaban ver dos brazos torneados como los de las vírgenes de Murillo, de un color apiñonado, terso y limpio como hoja de una rosa.

Su cuerpo era como el de la palma, flexible y hermoso, al par que gallardo y lleno de una soitura encantadora.

El rostro de aquella criatura era un reflejo de los ángeles: una frente ovalada, unos ojos negros como dos centellas, veladas por unas largas pestañas, su nariz perfectamente delineada, sus orejas pequeñas y sin adorno alguno, y una boca breve encarnada como un clavel rojo, dejando entrever unos dientes blanquísimos y hermosos como gotas de perlas en el seno de una rosa entreabierta.

Una selva de cabellos negros como el azabache, atados con una cinta verde como el color del cinturón, dejaban escapar una cascada de rizados sobre aquella espalda dulcemente mórbida.

El rayo de la luna resbalaba sobre el semblante de la joven, acariciándola con indolencia.

La joven detenía frecuentemente su paso, y en la actitud de su cabeza se dejaba entender que esperaba algo que debía traerle el aleteo del viento, seguramente era alguna seña ó el toque del reloj.

Para calmar su impaciencia se puso á escoger entre las flores las más hermosas, y las colocó en su cabello después de haber aspirado el aroma de su cáliz.

Sonaron pausadamente las once en el reloj de la parroquia.

A lo largo de la calle se oyeron los pasos de una persona que marchaba en dirección á la reja del jardín.

La joven oculta entre los naranjos esperó sobresaltada.

A los pocos momentos un hombre envuelto en una capa, se acercó recatadamente sin dar señal alguna que anunciara su presencia en aquel sitio.

Espió por la reja, y apoyó su frente sobre el hierro tibio del enverjado.

Habían pasado algunos minutos, cuando un hombre se acercó resueltamente al que estaba á la reja.

—Caballero, ¿que buscáis aquí? dijo con acento marcado de extranjerismo.

- ¿Y quién es usted, para preguntármelo?
 —Excusemos palabras; ¿vien usted armado?
 —Sí, por mi vida: echémonos fuera de esta calle y no comprometamos á esa mujer.
 —Sea, dijo el extranjero, y se echaron calle adelante hasta llegar á los estramuros de la ciudad.

VII.

- ¿Podéis decirme qué objeto os ha llevado á esa reja?
 —El amor, caballero.
 —Esa mujer no os puede pertenecer nunca.
 —Es mucha arrogancia.
 —Puede ser, pero os advierto que de no prescindir os puede costar cara la aventura.
 —Nunca las amenazas han hecho mella en mi corazón.
 —¿Y sois correspondido?
 —Ya me canso de responder, eche usted fuera su espada, y no hablemos más.
 —Defendeos, dijo el extranjero, y su acero relucía al fulgor de la luna.
 Comenzó un combate encarnizado: sólo se oía la respiración fatigosa de los contendientes.
 La lucha duró pocos momentos: un ronquido sordo y el golpe de un cuerpo al desplomarse, se dejaron oír en el silencio de la noche.
 —¡Demonio! ¡lo ha matado! y qué bien que se defendía el austriaco. ¡Dios mio! y esa mujer no me ama!
 Percibióse un tropel de gente y ruido de armas; el hombre de la reja se caló su sombrero, envolvióse en la capa que había dejado durante el duelo, y echóse á andar lo más aprisa que pudo, hasta perderse en las calles de la población.
 Efectivamente, era una patrulla; llegóse el jefe á donde estaba el cadáver, lo examinó y dijo todo azorado:
 —¡Esto va á ser horroroso! ¡El oficial más querido de S. M! ¡y no dar con el asesino! Vamos, cargad ese cadáver y demos cuenta inmediatamente á la autoridad.
 Los hombres de la patrulla llevaron al muerto y las calles volvieron á quedar desiertas y silenciosas.



VIII

—¿En qué habrá parado esa riña? dijo la joven estoy temblando de miedo.

El aire trajo por tres veces unos silbidos muy poco prolongados.

—¡Es él!

Dos sombras se deslizaron á lo largo de la callejuela.

Llegóse un hombre á la reja, mientras el otro desenvainando su espada se puso á hacer la guardia á su compañero.

—¿Eres tú, capitán? dijo la joven,

—Sí, yo soy, dijo el embosado recatadamente.

La joven se estremeció.

—¿Qué tienes? le dijo con un acento de severa reconvención.

—¿Qué ha pasado? preguntó á su vez el capitán.

—Estaba esperándote, cuando un hombre se detuvo á esta reja, llegó un oficial austriaco, se cambiaron algunas frases de desagrado, y fueron á reñir; na sé otra cosa.

—¿Y ese hombre hablaba contigo?

—Si lo has creído por un momento, vete, capitán; quien desconfía de la mujer que ama, debe alejarse para siempre.

El capitán movió la cabeza con visibles señales de contrariedad.

—Te preguntaba simplemente, yo no quiero dudar de tu amor.

—Ni tienes motivo, porque yo te amo con delirio.

La joven posó sus manos sobre las de su amante, que estaban unidas á la verja.

Al contacto delicado de aquella mujer, se estremeció el capitán; el aliento de la niña había resbalado por su semblante y le había causado el mismo efecto que el hálito de la serpiente á la paloma, lo había magnetizado completamente.

—Perdona á mis celos, Guadalupe; hace mucho tiempo que desconfío de tí; he visto noche por noche un hombre en este mismo lugar donde recibo los juramentos de tu amor.

—Yo no lo he visto hasta ahora.

—Le he mandado acechar, y esta noche batiéndose con ese fiel servidor que he tenido la imprudencia de enviar á impedir sus paseos, lo ha muerto.

—¡Muerto! ¡Dios mío!

—Sí, yo tengo la culpa, dijo sombríamente el capitán.

—Escucha, voy á revelarte, lo que deseaba guardar en el fondo de mi corazón.

—Ya te escucho Guadalupe, respondió con ansiedad el amante.

—Tú ignoras que yo tengo un hermano en la revolución

que lucha contra el imperio: él me ha prohibido atravesar una palabra con los invasores.

El capitán se estremeció.

—Ha llevado su patriotismo hasta el grado de traerme al rincón de esta ciudad, donde no me permite recibir á nadie; sí, capitán, me ha prohibido hasta ver el retrato de Maximiliano; no le conozco á pesar de mi curiosidad.

—No importa, dijo el capitán, continúa.

—Yo le obedezco, porque ese hermano único es mi sólo porvenir: cuando recuerdo que su vida está en peligro, que acaso en este momento yace tendido de una estocada, ó preso en la capilla para que sea pasado por las armas; me aterrorizo y me parece que oigo su voz como una amenaza, y me parecen nada las promesas que me ha arrancado su patriotismo. A pesar de todo, yo te amo, capitán, sé que algún amigo de mi hermano me acecha, te ha visto aquí y se lo dirá sin remedio.

—¿Y qué temes, Guadalupe?

—Tú no le conoces capitán; Pablo es un hombre encallecido en la revolución, acostumbrado á la sangre y á esos espectáculos de muerte.....en un momento de desesperación me mataría!

—No, eso no es posible, ni yo lo consentiría.

—Tú partes de continuo á México, y él aprovechará el momento en que la plaza esté aislada ó con escasa guarnición para llegar hasta mí.

—Eso no sucederá.

—Entonces tomará un disfraz y.....

—Esto es horrible!

—Además tus documentos para nuestro enlace aun no llegan de Austria, y mientras, yo tengo de ir á donde él quiera; mi dignidad y mi honor me lo exigen.

—No me seguirías, Guadalupe?

—Nunca.....nunca!

—Pero tú no dudas de mi amor, ¿no es verdad?

—No, capitán sería morir, arrancarme el corazón, dudar de tu cariño; tú no sabes que yo no he amado hasta ahora; que he cedido al impulso ardiente de mi alma; que desde esa noche que te acercaste á esta reja á decirme que me amabas, mi corazón es tuyo, enteramente tuyo!.....

—Guadalupe, yo he vivido siempre en la corrupción de las cortes, al lado de los grandes; mi alma no ha tomado parte en mis impresiones, mi corazón no ha sido tocado nunca. Entregado á los azahares de la guerra, siempre en el mar, mi corazón se ha encallecido hasta encerrarse tras una coraza de hierro invulnerable; pero te ví, como esas flores solitarias que viven ignoradas en el silencio de los bosques, sin dar sus perfumes sino á los cielos, respetada del huracán del mundo, no azotada jamás por las tempestades de la ciu-

dad, que marchitan el candor y la pureza de los ángeles.....Sí, Guadalupe, esa languidez apacible de tus ojos, esa serenidad de tu frente, esa sonrisa dulcísima, ese acento argentado, despertó el mundo de ilusiones que dormía en el abismo de mi alma; una aurora de felicidad inundó mi pecho, mis pupilas se humedecieron por la primera vez, y mis labios trémulos repitieron tu nombre.....Guadalupe, yo he venido á tus rejas á implorar compasión; los recuerdos de mi patria han desaparecido en el horizonte de mi existencia; he hecho abstención de todo para consagrarme á tu cariño.

Influenciada la joven por la vehemencia de ese lenguaje de ternura, se inclinó pausadamente hasta tocar con su cabeza la frente del capitán.

—Sí, hermosa mía, tú eres la imagen que llevo en el santuario de mi alma, ignorada, oculta, misteriosa.....tu existencia ha sido una revelación para mi vida.....Dios había colocado en los vergeles de América el espíritu de mi amor. Mujer, sombra, aparición, yo te idolatro con una fé que no ha vacilado jamás!

Los labios de la joven detuvieron las palabras en los de su amante.

Loca de pasión, muerta de amores, axaltada hasta el delirio, su espíritu se exaltaba en un beso prolongado de agoufa amorosa.

El austriaco ostentaba á los rayos de la luna una mirada radiante de felicidad.

Hay veces en que despojándose el espíritu de las ligaduras de la materia, se diviniza en los horizontes de la ilusión!.....Entonces, hay un abismo abierto á nuestros piés.

Pasaron algunos instantes en este éxtasis de pasión, cuando una voz lejana entonó una cántica siniestra, que hizo estremecer hondamente al capitán.

La letra estaba en italiano. Decía así:

“Massimiliano,
Non té fidare,
Torna al castello
Di Miramare,
Quel trono fracido
Di Moctezuma
E nappo gallico
Colmo dispuma.
¿Il Timeo danaos
Chi non ricorda?
Sotto la clamide
Trovo la corda.”

Helóse la frente del austriaco, y se inclinó profundamente sobre su pecho.

—¿Qué dice esa canción, capitán? preguntó asustada la joven.

—¡Nada! es una sentencia que me sigue desde las orillas del Adriático.

—Yo he leído que en tu país hay apariciones.

—¡Silencio! dijo el austriaco en un arranque de superstición.

—¿Si seré presa de un sueño? pensó aquel hombre, y esta mujer será una aparición que debe preceder al fatalismo de mi existencia. La estrella de mi fortuna mengua; ¿cómo disipar este horrible conjuro?

—Señora, dijo dirigiéndose á la joven, ¿qué pensáis del porvenir?

Guadalupe fijó su mirada en el semblante extraviado de su amante, sorprendida del tono con que le dirigía la palabra y aquella extraña pregunta.

—Yo no sé nada del porvenir, amigo mío.

—¿No sabes algo del emperador?

—Sí, capitán; las cartas de mi hermano están llenas de esperanza; en los días más aciagos de la derrota, juran los republicanos delante de los cadáveres de sus compañeros, que tomarán venganza.

—¿Y la ciudad qué dice?

—Que espera la retirada de los franceses para levantarse terrible, sacudiendo su cabellera que está empolvada á los piés del emperador.

—Sí, llegará esa hora, y se alzarán patíbulos como en Francia; pero óyeme, joven, la familia de los Hapsburgo no ha dado un cobarde; Maximiliano estará sobre el cadalso con menos emoción que el 10 de Abril en su palacio de Miramar, al recibir la corona de México.

—Capitán, aún es joven según dicen, y no sé dejará arrancar impunemente el cetro.

—Yo tiemblo sin saber por qué, capitán.

—Tú no sabes, continuó sin atender á las palabras de la joven, que al cbr las salvas de Trieste, el emperador dijo: “Esa marina hace los saludos de mi pompa fúnebre; asisto, como Carlos V, á mis funerales” Durante esa larga travesía del Atlántico, y en las noches de tormenta, cuando el mar azotaba furibundo los costados de la “Novara,” el emperador subía á cubierta y hablaba con las olas embravecidas; le parecía á la luz de los relámpagos percibir sobre las espumas, la imagen de una mujer: era la *Dama blanca*, *Ixtlalzihuac*, como se dice en tu país, como la Virgen de los últimos amores entre los Natchez. La *Visión* se escondía entre las nieblas del mar durante el día, para reaparecer en las sombras del crepúsculo.

llevando en su frente la estrella de la tarde.....era hermosa como tú, y su mirada lánguida como la que se desprende de tus pupilas: estaba vestida de blanco con las gasas de las nubes y se detenía bajo el arco-fris à contemplar á la "Novara" para seguirla en su espumosa estela, reguero fosfórico sobre el espejo de las aguas!.....Esa imagen no lo abandonó en todo el océano. Al tocar las playas de Veracruz, las apariciones deshizo en el horizonte!.....Se dice que la *Mujer Blanca* ha tornado á la mansión imperial de México y que el emperador habla con ella.

Guadalupe, por un instinto de miedo supersticioso, asió fuertemente la mano de su amante.

—Es ella! murmuró el austriaco creyéndose víctima de un sueño.

IX.

En estos momentos desembocó un jinete á todo escape por la calle donde el capitán estaba hablando con Guadalupe.

La carrera fué tan rápida que no dió tiempo al caballero para quitarse de la reja.

Acercóse el jinete á la verja y arrojando un papel á la joven, le dijo: "la fatalidad nos persigue, adiós!" y se alejó á todo escape. Poco después sonó un tiro de mosquete á la salida de la ciudad.

—Es un guerrillero, dijo asustada Guadalupe, ese tiro es un saludo á la guardia imperialista. Capitán, estoy temblando, algo encierra este papel horrible para nosotros.

Desdobló el pliego y ensayó á leer al rayo de la luna que era brillantísimo.

Mientras que la joven se enteraba del contenido del papel, el capitán reflexionaba que su vida estaba en peligro con la audacia de los republicanos.

—Si ha querido, decía, dispara sobre mí su mosquete, y.....

—Dios mío! Dios mío! gritó la joven cayendo desmayada.

El capitán pasó la mano por los hierros de la verja, corrió el cerrojo y penetró al jardín.

Levantó á su amada que yacía sin sentido, roció su rostro con las flores que estaban húmedas con la lluvia de la tarde, y Guadalupe despertó al fin; pero derramando un torrente de lágrimas.

—Mira, capitán le dijo á su amante.

El austriaco tomó el papel, y leyó; "Nicolás Romero ha sido derrotado completamente y hecho prisionero después de la acción. El comandante Pablo Martínez, herido de un bra-

zo, está en poder de los franceses. Mañana serán pasados por las armas."

El austriaco se volvió hacia Guadalupe sin comprender lo que pasaba,

—Capitán, dijo suplicante la joven, Pablo Martínez es mi hermano.

El capitán movió con impaciencia la cabeza.

—Está bien, dijo á Guadalupe, yo te respondo de su vida, veré esta noche al emperador.

—Una súplica, capitán, no digas que yo me he empeñado: porque mi hermano no aceptaría la libertad á ese precio, me creería deshonrada.

—No temas, hermosa criatura, no temas, tu nombre no sonará en otros labios que los míos; enjuga tu llanto, la vida de Pablo está salvada; el imperio si se hundiera, valdría menos que una sola de tus lágrimas; llega á mi corazón, yo te amo con frenesí!

—Así te quiero, capitán, hace un momento estabas sombrío, delirabas, y yo te oía llena de compasión, porque sé cuánto padeces.

—Oh! sí, dijo el austriaco, mis padecimientos son horribles, intensos.....todo lo perderé menos á tí, ¿no es verdad?

—Soy tuya hasta la muerte!

—Yo quiero más aun todavía; si el destino me arrebatara la existencia, júrame que velarás sobre mi cadáver la noche de mi muerte.

—No, no hables así, capitán, me estás haciendo pedazos el corazón.

—Júramelo, Guadalupe.

—Sí lo juro por la salvación de mi alma!

El austriaco depositó un beso helado en la frente de su amada y saliendo del jardín se dirigió al palacio de Maximiliano.

Al atravesar la calle volvió á sonar la canción.

*"Massimiliano,
Non te fidare,
Torna al castello
Di Miramare,
.....
.....
Salto la clamide
Trovo la corda."*



X.

—V. M. oye á ese importuno? dijo el compañero que había hecho la centinela.

—Drik, es necesario que partas violentamente á cumplir una misión reservada, disponte esta misma noche.

—Estoy á las órdenes de V. M.

—Escribamos, dijo entrando en su cámara, un parte telegráfico á C. Loysel.

Drik se puso á la mesa.

—Remitireis á la capital de los prisioneros de Apatzingan... con todas las consideraciones posibles.

—Señor, V. M. tiene aquí un parte telegráfico.

—Dáale lectura.

Drik leyó en voz alta.

—“El coronel Potier, con un batallón del 81 de línea y un destacamento mexicano, sorprendió en Apatzingan.....

Detúvose lleno de asombros el secretario

—V. M. ya lo sabrá? se atrevió á preguntar al emperador.

—Adelante.

—“Sorprendió en Apatzingan á las bandas de Romero y Martínez, y otros jefes de guerrilla.

Después de un brillante combate, el enemigo fué completamente derrotado.

Doscientos hombres fueron muertos, ciento sesenta prisioneros; Romero y Martínez quedan en poder del coronel Potier.

Por nuestra parte solo hemos tenido algunos heridos y dos hombres muertos.—C. Loysel.”

—Toma, dijo el emperador, aquí están mis instrucciones, parte ahora mismo

—Serán cumplidas las órdenes de V. M. y saludando á Maximiliano salió para tomar un caballo y partir violentamente.

—Diablo! dijo al salir: la *Mujer Blanca* le ha avisado de la derrota.....estos amores son de mal agüero.

XI.

El emperador tomó otro parte telegráfico y leyó con ansiedad:

Oaxaca, Febrero 9.

“Oaxaca ha capitulado esta noche: Porfirio Diaz y la

guarnición se rinden á discreción. Todo el armamento queda en nuestro poder.

“Tengo el honor de ofrecer mis felicitaciones á V. M. *Bazaine*” Maximiliano arrojó el parte sobre el bufete.

—Ella lo ha dicho, á la desaparición de un ejército la nación se alzaría como un gigante.

Después, tomando una bujía, se dirigió á su aposento, metióse en el lecho y al cabo de algunas horas de inquietud en que pronunciaba el nombre de su hermano, de Carlota y de su amada, se quedó profundamente dormido, no sin pensar en el fatalismo de la canción italiana nacida en las orillas del Adriático.

XII.

Luego que el capitán hubo desaparecido, Guadalupe se arrodilló y llorando dirigió á Dios una plegaria, que subió en alas de los ángeles hasta trasponer esa bóveda de diamantes, primer destello del Génesis en el día de la creación

CAPITULO DECIMO TERCERO

EL DESIERTO.

I

Envuelto en las tempestades de la derrota, pero con la fé ciega en el porvenir y en el triunfo de las armas de la República, atravesaba Juárez las llanuras del desierto, como *Moisés*, llevando consigo las esperanzas y la libertad de un pueblo.

Aquella pequeña caravana cubierta con el polvo de los huracanes, azotada por las ráfagas del Norte, acosada por el sol del desierto, no levantaría en la catástrofe política el *becerro de oro* de la intervención para adorarlo.

Aquel grupo de hombres llevaba el sentimiento del patriotismo, llevaba la fé de la revolución, llevaba la República!

Las simpatías de la nación se fijaban en ese punto del horizonte que caminaba como una sombra entre las tormentas de australes hasta detenerse en los confines del horizonte de la patria.